

2.^a parte. Ley de la adoración; su indefectibilidad y su grandeza; *In nomine Jesu, etc.* la adoración ha de tener lugar precisamente, en el cielo, en la tierra, ó en el infierno.—San Pablo.—Juliano Apóstata; reflexiones generales sobre estos puntos; gloria de Jesucristo en el cielo; gloria y remuneración de los que han confesado y venerado su Nombre en la tierra. Jesucristo, Salvador de los ángeles, y su cabeza en cuanto hombre. Jesucristo, cabeza de la Iglesia; elogios de los SS. PP. y de la Iglesia, traídos á esta tercera prueba, para concluir con la oración: *Ut cujus Sanctum Nomen veneramur in terris, ejus quoque aspectu perfruamur in celis.*—Gloria de Jesús, en cuanto hombre en el cielo.—Deificación de la humanidad en la de nuestro Salvador, tomada por nuestro bien, etc.

SERMON

DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

Et dabo vobis cor novum, et spiritum meum effundam in medio vestri.—Auferam cor lapideum de carne vestra, et dabo vobis cor carneum.

Y os daré un corazón nuevo, y derramaré mi espíritu en medio de vosotros, y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.

(Ezechiel. c. XXXVI, v. 16.)

Quisiera yo en este día, mis amados hermanos, mejor que nunca, trasladarme con vosotros á aquel dichoso momento en que terminada la creación, establecido el jardín de las delicias, y satisfecho Dios de su obra, descansa, según la frase bíblica, siempre tan acomodada á nuestra pobre capacidad, y como que toma aliento para arrojarlo en seguida sobre una obra predilecta, que es como el último y supremo esfuerzo de su bondad y de su poder, el fin de su trabajo, el término de su amor infinito, el hombre.

Como el artífice, que delante de la estatua ya perfectamente modelada, la contempla un instante con la deliciosa embriaguez del entusiasmo, adivinando en ella el más preciado laurel de su corona y de su fama, y tomando por última vez en sus manos, temblorosas por la emoción de su alma quizás, el cincel y el buril la da el postrer toque, la señala el último atrevido rasgo, la fija el supremo, aunque al parecer, desapercibido detalle, así Dios, ante el busto del hombre moldeado en

el barro de la creación acabada de ejecutar, sopla sobre su rostro el espíritu de la vida, y el hombre recibe en ese soplo la imagen de su artífice divino, su idea, su expresión, su laurel de gloria; recibe alma, inteligencia, corazón.... es el artista de los cielos, que descorre ante el mundo la cortina que cubre su obra, entre los aplausos de la naturaleza, como los artistas del mundo la muestran al público entusiasmado en sus gabinetes.

Corazón he dicho, señores, y habréis notado que suspendía un tanto mi relato al pronunciar esa frase, como si mi espíritu fuera presa de una vacilación misteriosa y profunda; ¡ay! tengo que apresurar mi palabra para decirlos de una vez lo que por desgracia sabemos y experimentamos todos: ese hombre, criado á imagen y semejanza divina, cayó, y cayó bien pronto; ese ser inteligente y libre fué luego de peor condición que los demás seres que no sentían, que no amaban; el hombre cayó, y no sólo se lastimó gravemente en su inteligencia, sino que se hizo pedazos el corazón.

Yo no sé si fué en castigo de su ingratitud y de su falta completa de amor; pero ello es que la voluntad sufrió mucho más, infinitamente más que el entendimiento, en esta espantosa caída, que arrastró al género humano entero en sus dolorosas eternas consecuencias: ello es que, á decir verdad, aun en el mundo antiguo, privado de la revelación, en el mundo anterior á la Cruz, y aun fuera del pueblo de las promesas y de las esperanzas, en el mundo gentilico, en fin, hallamos no pocos talentos privilegiados, manifestación palpable y continuada del supremo esfuerzo de la inteligencia humana por alcanzar y esclarecer la verdad: Demóstenes, Platón, aquel Sócrates, elogiado de una manera tan especial (iba á decir casi atrevida) por el Doctor de la Gracia, son otros tantos destellos de esa luz, no del todo apagada, que busca los resplandores de la divinidad, que comienza á percibirlos en medio de tantas tinieblas de errores, de supersticiones y de vicios.

Vicios, sí; ahí está el corazón, presa de las pasiones más degradantes; ahí está la voluntad depravada, sobreponiéndose

á la inteligencia, aun en esos grandes hombres; ahí está, y no sólo antes de la redención, ó privada de la luz de lo alto, sino en el seno del cristianismo, en la humanidad salvada, pero sufriendo aún las consecuencias del trastorno del corazón del hombre primero; en San Pablo, que se lamenta á voz en grito de esa dolencia de su corazón, inclinado al mal poderosamente.

Por eso el Dios de la verdad, que, en frase del mismo Apóstol, venía á instaurar en Cristo todas las cosas, absolutamente todas, en el cielo y en la tierra, no podía dejar sin bálsamo esa herida, ni ese corazón, en fin, hecho pedazos desde los antiguos días; por eso, aparte de su redención, de su sangre, de su vida, de su gracia, ha querido dejarnos, quise decirlo cuando vacilaba, en su *Corazón Sagrado* un corazón nuevo, mejor aún que el que colocó en el pecho de nuestro primer padre, y que nosotros hemos convertido en corazón de piedra, para usar la frase del libro de Dios: sobre todo, mis hermanos, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, inspirada por Él en estos últimos tiempos, es el remedio más oportuno y eficaz para curar á nuestra sociedad *sin corazón, sin caridad, sin amor, sin sentimiento*.

Corazón santo, santificad el mío, que palpita por vuestro amor y vuestra gloria; y si de la abundancia del corazón habla la boca, según afirma el proverbio, sacad á mis labios torrentes de palabras, pero de palabras que vayan derechas otra vez al corazón de cada uno de mis oyentes y al mío, para que según vuestra promesa, no vuelva vacía la palabra pronunciada por vuestra gloria: para lograrlo, Corazón amante, interponemos los ruegos del Corazón virginal de María, á la que decimos todos:

AVE MARÍA.

He afirmado hace un instante, y vuelvo á afirmar ahora, que el siglo en que hemos nacido no tiene corazón, y por consiguiente no hay en su seno amor ni sentimiento. ¿Cómo? podrá

replicarme la moderna sociedad; podré no tener fe, según tu criterio y tus ideas; podrás dudar de mi ilustración, censurar el vuelo de mi inteligencia, pretender achicar la medida de mis adelantos; pero ¡corazón! ¿ha habido siglo de mayor filantropía, de mayor fraternidad, de mejor y más puro sentimentalismo?

Pues en esas mismas palabras, siglo XIX, está la confirmación de toda la verdad de mi aserto, que acaba, sin duda, de parecerte atrevido cuando no por todo extremo injurioso: es que tu filantropía no es caridad, ni tu fraternidad es verdadera, según las aspiraciones del amor cristiano, ni tu sentimentalismo es más que una pobre *sensiblería* divorciada por completo del *sentimiento* católico.

Sucede con la filantropía y la caridad, mis amados hermanos, exactamente lo propio que con la contrición perfecta é imperfecta, ó sea la atrición, en las etapas misteriosas de la conversión del hombre: son diferentes en un todo en sus causas ó principios como en sus efectos ó resultados; que así como la contrición perfecta procede del puro dolor de un Dios amante ofendido, y justifica por sí sola, á diferencia de la atrición cuyo principio es el temor, y no puede justificar sin el Sacramento de la Penitencia, así la filantropía, que, según la misma fuerza etimológica del vocablo, *es amor del hombre por el hombre*, no puede competir en manera alguna, ni producir los inmensos resultados que la *caridad, que es amor del hombre por Dios, en Dios, con relación á Dios*; que mira en él la imagen y semejanza divina, no la belleza, no el grado de la miseria, la amistad, el parentesco ó simpatía, no el interés ó la utilidad, no la vanagloria, no la satisfacción precisa y sola de un movimiento natural; nada de eso, que puede, falseada, cambiarla, hacerla desaparecer, trocarla acaso en odio, y cuando menos, en indiferencia, olvido ó desprecio: Dios es inmutable; no tiene acepción de personas; es misterioso en sus actos; todo esto lo reúne la caridad cristiana inspirada en el Corazón Sagrado de Jesús: no la filantropía.

Del Corazón Sagrado, y sólo del Corazón sagrado y compasivo de Jesús, traspasado en la Cruz lo mismo por justos que por pecadores, igualmente por amigos que por adversarios, puede única y exclusivamente brotar ese amor de caridad, que ve en el corazón del pobre y del afligido un corazón semejante al suyo, y procedentes ambos del Corazón por excelencia, y del Corazón de las angustias y de los dolores por antonomasia; de aquel Corazón del cual había cantado triste y anticipadamente David, que henchido de afrentas y de improperios, buscó y no encontró nadie que compartiera con Él esas afrentas y esos improperios, ó bien llorando con Él, ó bien proporcionándole algún consuelo: Él, sin embargo, lo tuvo para todos; y al recomendarnos al pobre, al triste, al afligido, nos pidió limosna para ellos en su nombre, entregándolos sin reserva su representación augusta entre nosotros; y ese Corazón noble y generoso, cuyos consuelos no afrentaban y cuyos favores no envilecían, quiso y mandó, que nuestra mano como que se escondiese sola en el seno del que sufre, y se deslizase, como santamente avergonzada, al socorrer su infortunio; Él, que escudriña el corazón humano, como que lo crió, y conoce todas sus miserias, y sabe apreciar todas sus debilidades, quiso que nosotros midiéramos el Corazón que padece por el nuestro, y guardásemos ante todo el respeto debido al misterioso y santo pudor de la desgracia: ¿hace todo esto la filantropía, virtud filosófico-farisáica, en sus ostentosas manifestaciones benéficas?

¡Fraternidad! ¡Palabra verdaderamente sublime y encantadora, y celestial y divina como emanada de los labios de Dios, como encerrada en el Corazón Sagrado de que estamos hablando, como realizada por la Iglesia en aquellos siglos de oro, en los cuales, según la frase de los Hechos Apostólicos, vivía la naciente sociedad de Cristo en un sólo corazón y una sola alma! ¿Pero se parecen en algo esta sociedad y la sociedad de las Catacumbas y de los Mártires? ¿Tienen algo de común, algún punto de contacto los banquetes de hoy con los *agapas* ó convites de la caridad primitiva? ¿Se dirigen al mismo fin,

persiguen la misma santa y noble idea los proclamadores de ese principio en nuestros días, que los verdaderos apóstoles del amor universal entre todos los hombres, sin distinción de razas, ni procedencias, como lo difundía San Pablo, como lo deseó ese Corazón de amor sobre la mesa Eucarística en su inefable oración al Padre con quien tan íntimamente estaba unido?

Que responda la paz armada, los aprestos formidables, los destructores inventos en que el arte de la guerra funda sus principales adelantos; que respondan esas frecuentes y continuadas espantosas hecatombes, sonrojo de la civilización moderna y demostración de los tristes resultados positivos de nuestro progreso y de nuestra diplomacia: si hay fraternidad, es una fraternidad horrible y espantable de todo punto, señores; la fraternidad para el mal; el derecho de asociación, privado para el bien y la fraternidad verdadera, y convertido en arma terrible para la tranquilidad y existencia de las sociedades modernas; es, en fin, la fraternidad cainita, la unión de los corazones depravados y corrompidos; no la fraternidad de los corazones cortados, como el de David antes de ser adúltero y homicida, por el Corazón de Dios; no la fraternidad inspirada en el amor, en la paz, en el sosiego, en la dicha del Sagrado Corazón, de aquel buen Pastor, Rey, Hermano y Amigo, en frase del dulcísimo Bernardo, que supo, generoso y amante, poner su vida por la de sus ovejas, sus vasallos, sus hijos, su imán y constante anhelo.

¡Sentimiento! No lo hay tampoco en el verdadero y genuino significado de la frase en nuestro desdichado siglo; no lo hay ni en nuestras costumbres, ni en nuestra literatura, ni en nuestras artes, en nada: copia exacta de aquella sociedad, que, presa del más vergonzoso materialismo, se hallaba tranquila y satisfecha, risueña y gozosa, sin sentir la esclavitud de los tiranos y sin tener conciencia de sus dolores y de su porvenir, de su vida ó de su muerte con tal de tener pan en el hogar y juegos en el circo; sociedad calificada, breve pero gráficamente, por San Pablo como sociedad sin corazón, sin afecciones aun de

la naturaleza, sin sentimiento, en fin, la sociedad de nuestros días apartada del Corazón de Aquel que es fuente de virtud, de ciencia y de inspiración, siente sola y sin lenitivo y consuelo, desesperada en sus dolores, las aficciones materiales de la carne y las vicisitudes mudables de la humana fortuna; todo lo que ve, todo lo que la rodea, todo lo que aprende, todo lo que se la predica es *sin corazón*; todo, pues, contribuye á embotar en ella los sentimientos finos, generosos, nobles y delicados del alma, aun en el orden filosófico y natural, y á herir sus fibras con emociones groseras, envenenando las fuentes de lo verdadero como de lo bello por todos los medios y por todos los caminos.

Mirad nuestra ciencia: no es mi propósito ahora el aquilatarla; pero si esta ciencia, tal como es, en su verdad, en su aplicación, en su extensión, en su método, se traslada toda á la cabeza, si no se deja algo y aun más que algo para el corazón, si no se establece el equilibrio debido entre esas dos potencias del alma humana, si no es, en fin, una ciencia práctica, moralizadora, ciencia como la del Sagrado Corazón, que en frase de Zacarías en su misterioso canto después de su significativo mutismo, sea ciencia al alcance de todos, popular y de salud para remisión de los pecados, de influencia directa en las costumbres, entonces todo está perdido: que el principio de la sabiduría es el temor de Dios; que un hombre muy científico, muy grande, más científico y más grande que nuestros hombres de hoy, de la ilustración y de la enseñanza, pero hombre de buena fe y de recta y sencilla intención, y sobre todo hombre de gran corazón como de grande inteligencia, San Agustín, ya lo reconocía así en los momentos que precedieron á su conversión definitiva y dichosa: *se levantan*, decía, encarándose con su doméstico é íntimo Alipio al escuchar las conversaciones de otros hombres menos entendidos y las virtudes de los solitarios; *se levantan los indoctos y nos arrebatan el cielo; y nosotros con todas nuestras doctrinas, sin corazón, todavía estamos revolcándonos en el fango de nuestras pasiones.*

Ved nuestra literatura; ved nuestras bellas artes: la escena, la novela, el pincel, el buril, todo impregnado de un realismo y de una depravación asquerosa é impudente; las pasiones presentadas por lo regular bajo sus más repugnantes formas; las imágenes sensibles, convergiendo á ese mismo malhadado fin; todo, todo, hermanos míos, excitando las malas formas del sentimiento, las emociones de cierto género, fuertes, groseras, sangrientas: nuestras diversiones mismas oscilando entre lo lúbrico y lo inhumano, como las del pueblo gentilico; por eso se retratan después, triste, pero fielmente en nuestras costumbres; crímenes espantosos vienen á hacer fabulosa nuestra estadística, y á tomar carta de naturaleza entre nosotros; y el suicidio, el más horrible de todos, viene á probar que esta sociedad tan sensible, tan fraternal y tan filantrópica, ha perdido la última noción del sentimiento, hasta física y materialmente hablando, en la pérdida del precioso instinto natural de conservación de la propia existencia; ¡que no hable, pues, de corazón! ¡que confiese que lo ha perdido, y venga presurosa, y agradecida, y amante á tomar el Corazón Sagrado de Jesús para vivir con Él y por Él y en Él vida gloriosa en todos los terrenos!

Pero que le mire bien, porque no es un Corazón de goces, sino un Corazón coronado de espinas, traspasado, libro escrito por dentro y por fuera, según la expresión de un Profeta, esto es, amargado por interiores y herido por exteriores tormentos: es Corazón diametralmente opuesto al corazón de esta sociedad, Corazón de abnegación, de sacrificio, de heroísmo y de lucha, no corazón de placer, de egoísmo, de sensualismo grosero, pobre, apocado, ingrato, víctima de todas las malas pasiones.

Quisiera concluir, Corazón sagrado y amante, hablando alguna cosa de vuestras dulzuras y de vuestras grandezas, con la Escritura Santa y con sus intérpretes y expositores los SS. PP.; pero muy especialmente con San Bernardo en el oficio de la Iglesia en este día: mas prefiero aún insistir sobre

mi proposición é idea culminante y primitiva, haciendo resaltar á la vista de vuestros amados hijos y mis oyentes un detalle importantísimo respecto de esta sociedad sin corazón y sin sentimiento.

Los hombres de la época contemporánea, aun los que más se precian y alardean á todas horas de católicos, son esencial y únicamente teoréticos, y de ninguna manera prácticos; semejantes á los enciclopedistas franceses del pasado siglo, vienen á repetir incesantemente con su conducta, cuando no con sus labios: *Dame artículos que creer, pero no me des preceptos que observar*: ellos creerán, á lo menos con la profesión exterior, todo lo que propongáis á su fe en nombre de Dios y de su Iglesia y aun algo más, por desgracia; pues ilustrados y despreocupados, como ellos se apellidan, creerán hasta en el espiritismo; ellos hablarán muy bien, y escribirán acaso muy bien y mucho, y se entusiasmarán con las bellezas de la religión, y cantarán idilios en su loor á todas horas, pero se burlarán de sus leyes y de sus preceptos, y si no se burlan, por lo menos, tácitamente se burlarán, menospreciando su observancia y viviendo con la vida de las gentes que no conocen á Dios, en frase de un Santo Padre; otros, más observantes pero más tímidos, se avergonzarán de confesar á Dios delante de los hombres, predicarán la tolerancia, rendirán homenaje á lo que llaman respetos sociales, abiertamente opuestos á la ley divina. ¿Qué es todo esto, en resumen, sino carencia de corazón, falta de voluntad, ausencia completa de carácter, rebajamiento moral, ciencia sin corazón, religión destituida de toda práctica?

Pues bien; ahí está asimismo el Sagrado Corazón de Jesús, centro incesante de actividad y de fortaleza, de amor y de entusiasmo siempre creciente y generoso: *Mi Padre obra sin cesar*, dice este Corazón inimitable, *y Yo debo obrar de la misma manera: mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre, y dar cima por completo á su obra; y se fatiga, y llora, y sufre hambre y sed, y desprecios, y persecuciones é ingratitudes,*

abrasado en amor y celo por la gloria de ese Padre celestial que le ha enviado á la tierra para traer á ella fuego divino é incesante; y ante los enfermos, como ante los pecadores; y delante del féretro coronado de rosas de la niña de Jairo, como ante la sepulcral caverna de Lázaro; perdonando á la mujer delincuente, como atrayendo de una manera misteriosa é inefable á la de Samaría; llamando á Sí á los niños, como desenmascarando á los hombres de la Ley; en la oracion de la Cena, como en la de la Cruz; en todas partes, y en todas ocasiones, y con todos los motivos, y bajo todos los respectos, se muestra ese Corazón, corazón de obra, corazón de actividad, corazón de celo, corazón de verdad, en fin, opuesto diametralmente á los corazones de los hijos de este siglo, bien parecidos á los de aquellos orgullosos é hipócritas maestros del judaismo, de quienes dijo este Corazón manso y humilde, Corazón de verdadero ejemplo y saludable perpetua enseñanza: *Dicen y no ejecutan; imponen sobre sus prójimos enormes cargas, y ellos no quieren levantar ni lo que pudieran con sola la punta de su dedo.* ¿No tienen en verdad mucho que aprender en este Corazón y en estas frases los severos Catones de nuestro siglo, censores de la Iglesia católica erigidos en maestros de fe y costumbres, débiles para obrar y fuertes para censurarlo todo, inclusa la economía del catolicismo?

Basta, mis queridos hermanos, basta: hemos visto al Sagrado Corazón de Jesús sustituyendo el corazón de piedra de nuestra humanidad de hoy por el suyo amantísimo, compasivo y generoso; y realizada por lo tanto en toda su magnífica extensión la admirable profecía de Ezequiel, que me ha servido de tema: «*Dabo vobis cor novum, et spiritum meum effundam in medio vestri; et auferam cor lapideum de carne vestra, et dabo vobis cor carneum*», etc.

Corazón santo, tú reinarás, puedo decirte yo ahora con la sencilla pero inspirada letra de una composición que tantas veces resuena ya bajo las bóvedas de nuestros templos; tú formarás nuestro encanto y nuestras delicias; tú nos harás fuer-

tes en esta época de lucha; amantes en esta época de egoismo; compasivos y puros en esta época de sensualismo y de placeres materiales; celosos en esta época de indiferencia y de apatía para el bien y la gloria de Dios; para que, inflamando el corazón de la humanidad en tu amor santo, podamos todos algún día refundir completamente nuestros corazones en el tuyo, en el Cielo.— Amén.

PLAN DE UN SERMÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

Animación, por el soplo divino, del hombre primero; el alma, la inteligencia, el corazón..... la vida.—Caída; padeció más en ella la voluntad que el entendimiento; experiencia aun en el mundo pagano; en el cristiano también, aun dada la redención y la gracia.—El Corazón de Jesús para sustituir al corazón perdido.—La devoción al Sagrado Corazón; devoción para esta sociedad sin corazón, sin caridad, amor, ni sentimiento.

Falso sentimentalismo del siglo; sensiblería; filantropía y caridad comparadas; mucha apariencia de inteligencia; todo concedido á ella; necesidad de equilibrio y contrapeso.—El Sagrado Corazón de Jesús, modelo perfecto; otro defecto de nuestra época; teorías, y no prácticas; creará, caso necesario, pero no obrará; catolicismo práctico, necesario hoy más que nunca.—El Corazón de Aquel que *cepit facere et docere*; fariseos *dicunt et non faciunt*; sus obras y actividad prodigiosas; *incessanter operatur*.—Exortación y súplica.